

retardo democrático tanto la inercia de la elite turnista cuanto la escasa presión por parte de un electorado apenas movilizado. El trabajo de Miguel Martínez Cuadrado, con el que se cierra la primera parte de la obra, se hace eco de toda la tradición político-electoral española para ofrecer un estudio de la realidad más reciente, inserta ya en parámetros plenamente democráticos.

En un apresurado balance final, me gustaría resaltar la oportunidad temática de la obra coordinada por S. Forner, el acierto en la selección de los ponentes y el alcance comparativo que se ha querido dar a la reflexión de conjunto, deseando sobre todo que esta última faceta se vea continuada en otros encuentros y publicaciones a fin de avanzar hacia una síntesis contextualizada de la que todavía carecemos.

Salvador FORNER es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante y autor entre otros títulos de *Cuneros y cacique* (Alicante, 1990); y *Canalejas y el Partido Liberal Democrático, (1900-1910)*, (Madrid 1993).

María del Mar Larraza Micheltorena
Universidad de Navarra

Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997, 224 págs. ISBN 84-376-1509-7

Introducción. I. Nacionalismo y cultura. II. El espacio público y la institucionalización de la cultura nacional: el Ateneo de Madrid y la Institución Libre de Enseñanza. III. La historiografía liberal en España (1854-1902). IV. La crisis de fin de siglo. Los regeneracionistas: nacionalismo y nación. V. Los nacionalismos periféricos en el cambio de siglo. Catalanes y vascos. VI. El Estado y la cultura nacional. El Centro de Estudios Históricos y la obra de Ramón Menéndez Pidal. VII. La comunidad imaginada. Literatura, pensamiento y arte. VIII. La «otra» España. De la tutela del pueblo al nacional catolicismo (1923-1939). Epílogo: El siglo XX español y el discurso de la identidad nacional. Bibliografía.

En 1994, José-Carlos Mainer hablaba de la necesidad de historiar «la conformación del nacionalismo español —como *imaginario social* y como *institución* — [...]»¹. Aunque Inman Fox adelanta alguna de las ideas que expone en *La Invención de España* en su introducción a la edición que hizo en 1991 de *Castilla*, de Azorín², el libro que comento bien puede ser una respuesta al comentario de Mainer. De hecho, Fox trata de ver ese doble aspecto del nacionalismo: el institucional —a través del Ateneo de Madrid, de la Institución Libre de Enseñanza y del Instituto de Estudios Históricos— y el del imaginario —mediante la glosa de obras de historia, literatura e historia del arte—.

¹ José-Carlos MAINER, “La crisis de fin de siglo: la nueva conciencia literaria”, en *Historia y crítica de la literatura española. 6/1. Modernismo y 98. Primer suplemento*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 5-15. La cita es de la p. 8.

² Madrid, Espasa Calpe.

La cita de Mainer, sin embargo, puede ser representativa en otro sentido: Inman Fox no es un historiador sino un filólogo. Lo cual no debería ser, en principio un problema en la época de la interdisciplinarietà. Pero me temo que no es el caso. Me gustaría señalar por qué.

Era —e imagino que es— frecuente encontrar en los manuales de literatura una sección al comienzo de cada capítulo titulada «Contexto histórico» o «Introducción histórica». En dicha sección se enumeraban brevemente las «características principales» —algunas fechas, nombres y acontecimientos considerados importantes junto con rasgos generales del estilo «auge de la burguesía», «crisis general», etc.— de la época cuya literatura se pretendía estudiar, en la esperanza, supongo, de suministrar algo así como un primer contexto explicativo de las obras literarias, o en un intento de mostrar que la literatura se creaba en un momento histórico determinado. El uso de la historia en estas introducciones consistía en la reproducción más o menos fiel de lo dicho en los libros de historia, tomándolo de algún modo por la «realidad» en la que se movían o que condicionaba a los autores literarios. Hay algo de manual de literatura en la forma que tiene Fox de manejar la obra de los historiadores. En este sentido, da la impresión de que los primeros capítulos de *La invención de España* deberían suministrarnos el contexto para la glosa de la obra de los autores comentados en los capítulos sexto y séptimo —sobre todo en este último—. Esto es especialmente cierto en el capítulo dedicado a los nacionalismos vasco y catalán, en el que Fox repite de modo acrítico lo dicho por otros autores y, a veces, incluso, lo repite mal: *Euzkadi* es, ciertamente, un neologismo «muy discutido en su momento», pero no significa «el pueblo que habla el *euzkera*», y, desde luego, Elorza no dice que signifique eso (p. 93, n. 43). Nótese que no estoy criticando la utilización de fuentes secundarias, sino el aire de familia que este uso por parte de Fox tiene con el de los manuales de literatura comentados arriba: un resumen más o menos rápido que nos suministre un primer contexto explicativo de las obras literarias. Un segundo contexto suele venir dado en esos manuales por una introducción biográfica del autor, según criterios normalmente no explícitos —enumeración y mención del nombre propio y literario de las amantes de Lope de Vega, pero nada acerca de la vida sexual de Pío Baroja—. En todo caso, los datos biográficos suelen asociarse de modo tópico con una serie de rasgos de la escritura del autor. Dichos datos pueden funcionar, por ejemplo, al modo de lo que Roland Barthes llamó indicios³, es decir, elementos que no tienen un desarrollo narrativo posterior, pero que sugieren rasgos del personaje en cuestión. Así, Fox nos informa de que Modesto Lafuente «tenía sus raíces en la Castilla rural» (p. 39) o de que Sabino Arana nació «en el seno de una familia de fanáticos carlistas» (p. 93). Otras veces, en cambio, los autores sufren interesantes experiencias psicológicas: en el libro de Fox, Unamuno, quiero decir, don Miguel, «[r]ecientemente afinado en Salamanca, se hundió en el paisaje de

³ Cf. Roland BARTHES, «Le Discours de l'histoire», *Poétique*, 13 (1982), 13-21.

Castilla, tan diferente del de su país vasco, *que provocó en él un proceso de castellanización y le proporcionó otra perspectiva para entender el pasado español*» (p. 120, subrayado mío). No insistiré en el carácter intensamente tópico de la metáfora «hundirse en el paisaje», ni en la mención, más tópica aún, del origen vasco de Unamuno. Pero los maravillosos efectos que, según Fox, el paisaje castellano puede tener sobre los hombres, muestra que un libro que se propone analizar el discurso nacionalista español no está exento de reproducirlo. A Antonio Machado, en cambio, tales metamorfosis no le hicieron falta. El amor por el paisaje castellano le venía de familia: «Por [...] el interés familiar en el folclore, Machado fue muy sensible, como tantos de su generación, a la geografía, las tradiciones y las costumbres de los pueblos. Así, en Soria se identifica enseguida con las tierras castellanas como símbolo de la historia de España y el espíritu español defraudado [...]» (p. 152). Si no me equivoco, en el camino desde el folclore al «espíritu español defraudado» tenemos un estupendo ejemplo de razonamiento entimemático⁴, es decir, por silogismos imperfectos, aproximativos. Y el hecho de que a Fox le resulte tan fácil aceptar dicho razonamiento muestra de nuevo la persistencia del discurso nacionalista.

Creo que resulta evidente que *La invención de España* no es *The Whig Interpretation of History* aplicado al caso español. A ratos uno se plantea si el autor pretende analizar o celebrar el discurso nacionalista. A ratos, incluso, si no estará de acuerdo con alguna de las ideas que glosa, pese a la cita final de James Clifford. No sólo porque su autor haya trabajado más como historiador —muy tradicional— de la literatura que como historiador *tout court* —es decir, que su objetivo final es la explicación de la obra de varios autores canónicos según un contexto nacionalista, pero no la explicación del nacionalismo español—. La razón por la que resulta difícil averiguar cuál es la postura crítica de Fox en el libro que comento es una extrema vaguedad en el uso de los conceptos. Creo que un ejemplo bastará. La palabra «invención» nunca funciona como un concepto preciso. Fox nunca explica si entiende el término «invención» como algo similar o al menos emparentado con la falsificación y opuesto a la «realidad» o la «verdad» —algo así como la oposición entre «tradition» y «custom» que Eric Hobsbawm y Terence Ranger establecen en *The Invention of Tradition*⁵—, o lo entiende en el sentido de la *inventio* retórica, como la utilización de una serie de tópicos disponibles para la creación del discurso. A ratos parece favorecer la primera interpretación —por ejemplo, cuando habla de Sabino Arana—; otras veces, en cambio, parece utilizar el término «invención» en el segundo sentido —por ejemplo, cuando habla de la historiografía española del siglo XIX o de la generación del 98 en relación con el paisaje castellano—; en otras ocasiones, lo utiliza de modo sorprendente y —para mí— indescifrable: «[...] hasta los programas para la modernización del país se planteaban a veces en términos de la identidad nacional inventada.»

⁴ R. BARTHES, *ibid.*

⁵ Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

(p. 58). En fin, uno tiene que aguardar hasta la página 201 para descubrir que, en opinión de Fox, la indagación sobre «lo que constituía lo propiamente español en la literatura y el arte [...] acabó a menudo, como es el caso de toda cultura nacionalista, en la *mitificación*, y *hasta en la invención*, de ciertas características» (subrayado mío). Por razones que ignoro, esta diferenciación entre «mitificación» e «invención» el autor ha decidido guardarla hasta el final. Los ejemplos citados pueden muy bien hacer sospechar al lector que el término «invención» en el título y a lo largo de todo el libro es más bien un guiño a cierta corriente intelectual⁶, un intento de mostrar que se está al día —realizando, sin embargo, un estudio muy tradicional—.

Se entienda como se entienda la idea de «invención», creo que es discutible el intento de explicar la «invención de España» en 200 páginas en términos, principalmente, de la obra de una docena de autores. Nadie parece haber revisado el estilo del libro —supongo que escrito por el autor directamente en castellano—, revisión que podría haber evitado algunos anglicismos que, en ocasiones, dificultan la lectura. Por ejemplo, algunos intelectuales están «ansiosos [*anxious*, es decir, preocupados] de ser influidos o corrompidos por una cultura extranjera admirada» (p. 116); algún otro escribe «una *narrativa* [*a narrative*, es decir, una narración] detallada y *toda inclusiva* [*all-inclusive*, es decir, global]» (p. 38); o, de modo más sorprendente, se nos habla del «socialismo nacional» (p. 23), cuando parece referirse al nacionalsocialismo. Cabe decir en defensa de Fox, que algunos de estos errores son repetidos por autores españoles.

Soy consciente de haber llamado la atención, quizá de modo excesivo, sobre los que considero los puntos flojos de *La invención de España*. Hay que reconocerle a Fox el valor de haber intentado un trabajo de dimensiones más ambiciosas que otros libros suyos anteriores. Pero creo que el resultado ha sido una síntesis que adolece de una conceptualización muy poco rigurosa y de una metodología más que dudosa.

Edward Inman Fox es autor, entre otros libros, de *Azorín as a Literary Critic* (Nueva York, 1962); *La crisis intelectual del 98* (Madrid, 1976); *Ideología y política en las letras de fin de siglo* (Madrid, 1988).

Santiago Leoné
Universidad de Navarra

⁶ Comentada recientemente por Jon JUARISTI, “La invención de la nación. Pequeña historia de un género”, *Claves de razón práctica*, 73 (1997), 2-9. Algo similar a lo que indico es comentado por Ignacio PEIRÓ en la reseña que dedica al libro en la *Revista de libros*, 12 (diciembre 1997), 12-13.